

Día 32: ¿Por qué son necesarias las tormentas?

Dios permitirá que las tormentas azoten nuestras vidas. Como el fuego del orfebre, Él usará estas tormentas para desarrollar el carácter de Cristo en aquellas áreas donde necesitamos cambiar. Este proceso se intensificará especialmente a medida que nos acerquemos al regreso de Cristo. Aquellos que estén listos para encontrarse con Jesús habrán pasado por el proceso de refinamiento, permitiendo que Cristo se refleje perfectamente en su carácter. Las pruebas y dificultades son los medios que Dios usa para llevar a cabo Su obra de purificación en nuestra vida:

«Cristo espera con anhelo la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces Él vendrá a reclamarlos como suyos» (Christ's Object Lessons, p. 69).

Las tormentas de la vida pueden ser confusas y aterradoras, pero debemos recordar quién está con nosotros. Tomemos, por ejemplo, la historia de los discípulos y su experiencia en los mares tormentosos:

«Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo: —Pasemos al otro lado. Y despidiendo a la multitud, le llevaron consigo, así como estaba, en la barca; y había también con Él otras barcas. Y se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Pero Él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y le despertaron, y le dijeron: —Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos? Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: —¡Calla, enmudece! Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: —¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?» (Marcos 4:35-40).

Los discípulos y Jesús quedaron atrapados en una terrible tormenta en una pequeña barca en el lago. Los discípulos lucharon contra la tormenta, tratando de mantener la barca a flote, pero no pudieron hacerlo solos. Jesús dormía en la popa de la barca. Le gritaron con desesperación: «*Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?*». Las palabras de Jesús en respuesta son muy significativas: «*¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?*».

El punto de la historia no es que Jesús pueda detener la tormenta, aunque sea bueno saberlo. El punto es: *no luches contra la tormenta*. Los discípulos estaban en la tormenta por dirección de Jesús, y Jesús estaba con los discípulos en la barca.

Elena G. de White escribió sobre la gran paz que Jesús tuvo cuando ministró en la tierra. Describiendo su respuesta durante la tormenta, ella escribió:

«Cuando Jesús fue despertado para enfrentarse a la tormenta, estaba en perfecta paz. No había rastro de temor en palabra ni en mirada, porque no había temor en su corazón. Pero no descansó en la posesión de un poder omnípotente. No fue como el “Señor de la tierra, el mar y el cielo” que Él reposó en quietud. Ese poder lo había depuesto, y Él dice: «*No puedo yo de mí mismo hacer nada*» (Juan 5:30). Él confió en el poder del Padre. Fue en fe —fe en el amor y cuidado de Dios— que Jesús descansó, y el poder de esa palabra que calmó la tormenta fue el poder de Dios» (The Desire of Ages, p. 336).

Ella continúa desafiándonos a confiar en nuestro Señor de la misma manera:

«Así como Jesús descansó por fe en el cuidado del Padre, así nosotros debemos descansar en el cuidado de nuestro Salvador. Si los discípulos hubieran confiado en Él, habrían sido mantenidos en paz. Su temor en el momento del peligro reveló su incredulidad. En sus esfuerzos por salvarse, olvidaron a Jesús; y fue solo cuando, en la desesperación de la autosuficiencia, se volvieron a Él que Él pudo darles ayuda.

«¡Cuán a menudo la experiencia de los discípulos es la nuestra! Cuando las tempestades de la tentación se juntan, y los fieros relámpagos brillan, y las olas nos barren, luchamos solos contra la tormenta, olvidando que hay Uno que puede ayudarnos. Confiamos en nuestras propias fuerzas hasta que nuestra esperanza se pierde, y estamos listos para perecer. Entonces recordamos a Jesús, y si lo invocamos para que nos salve, no clamaremos en vano. . . . Ya sea en tierra o en mar, si tenemos al Salvador en nuestros corazones, no hay necesidad de temer. Una fe viva en el Redentor calmará el mar de la vida y nos librará del peligro de la manera que Él sabe que es mejor» (ibíd.).

La misma lección se aplica a nosotros hoy. Las tormentas de la vida son inevitables; experimentaremos tiempos de prueba y dificultad. Sin embargo, no

tenemos que *luchar contra la tormenta*. Jesús está con nosotros en la barca de la vida, y Él no te dejará durante las tormentas de la vida.

Reflexión y Discusión Personal

1. ¿Por qué permite Dios que las tormentas azoten nuestras vidas?
2. ¿Qué espera Cristo de su pueblo? ¿Qué debe suceder antes de su regreso?
3. ¿Qué lecciones se pueden aprender de la tormentosa experiencia de los discípulos en el lago?

Actividad de Oración

Llama a tu compañero de oración y discute con él/ella este devocional.

Ora con tu compañero de oración:

1. para que Dios te bautice con su Espíritu Santo.
2. para que Dios te reavive a ti y a su iglesia.
3. para que Dios te guíe a confiar en Él.
4. para que Dios te ayude a no entrar en pánico cuando las tormentas lleguen a tu vida.
5. por las personas en tu lista de oración.